

María Augusta Vintimilla,
Presentación del libro
Fulgor del instante. Aproximaciones a la poesía de Iván Carvajal
Marzo 2008.

Leí por primera vez algunos textos de la poesía de Iván Carvajal, hace ya bastantes años, cuando yo estudiaba los primeros cursos de literatura en la universidad. Tengo que confesar que mi interés por la poesía era, por ese entonces, más bien incidental y distante. Recuerdo que eran unos poemas mecanografiados, todavía inéditos, cuyo sentido me era difícil precisar. Si pudiera encontrar las palabras para definir la impresión que sus poemas me causaron en ese primer acercamiento, diría asombro, desconcierto, y a la vez, una intensa fascinación.

Ahora que los releo he vuelto a recordar las preguntas que la lectura inicial me provocaban: ¿Qué era exactamente lo que esos poemas decían? ¿Cómo es que esas palabras cotidianas, y a veces como salidas de otro tiempo, esa sintaxis precisa, directa, ajena a complicaciones formales, me resultaban sin embargo tan difíciles, tan exigentes y perturbadoras? ¿De qué oscura manera esas palabras dispuestas en la página me hablaban, movían mi ánimo a preguntarme por el mundo, por mi mundo, por mi existencia y la de los otros, por el sentido del dolor, de la nostalgia, de la esperanza, de la exaltación, al mismo tiempo que me obligaban a preguntarme por el sentido de esas palabras, de esos poemas?

Si insisto en estas anotaciones, sobre el lenguaje y las palabras, sobre su oscura y penetrante fascinación, es porque creo que en la poesía de Iván Carvajal, la primera y más radical realidad que se nos muestra es la del lenguaje. La pasión que mueve su escritura, es ante todo una pasión por las palabras. No quisiera provocar ningún equívoco. Hay, creo yo, una tendencia en la poesía —y tal vez con más fuerza en la crítica de poesía—, a reducir el poema a un juego formal con el lenguaje, como si toda la apuesta de la creación poética se resolviera en malabarismos lingüísticos, en la pura inmanencia del lenguaje. Pero no se trata de eso, no se trata de una búsqueda de “belleza” y perfección estética, ni siquiera de una voluntad de estilo, sino de algo muy distinto, mucho más tenso y problemático: se trata de las ambiguas, complejas y equívocas relaciones entre el mundo y el lenguaje, entre las palabras y las cosas.

El lenguaje nos pone en contacto con el mundo, y simultáneamente nos aleja de él; se interpone en nuestra experiencia del mundo, con una enmarañada madeja de signos, de palabras, de equívocos; pero al mismo tiempo, esos son los hilos con que tejemos redes precarias, fabricamos lazos, construimos trampas para anudar los significados con que intentamos expresar el sentido de nuestra existencia en el mundo. Caballo el pensamiento, / Jinete el lenguaje / decía José Martí.

La poesía —y en esto es ejemplar la escritura poética de Iván Carvajal— se lleva bien con este dilema; aún más, vive y se edifica en él, en la tentativa incesante y nunca lograda del todo, de aprisionar con las palabras el aleteo del enigma del ser, de provocar un deslizamiento de sentido que pueda encarnar por un instante, al menos un destello de la vasta, compleja, innumerable experiencia de la vida humana sobre la tierra. Refiriéndose a Gonzalo Escudero, Iván Carvajal propone una imagen que yo encuentro adecuada a su propia poética: “Cada poema es como una

red que se lanza al vacío para alcanzar la fulguración de ese instante; cada poema es una incesante e insensata cacería del absoluto”.

Quizá por esa intensa y extrema pasión por lo absoluto, aún sabiendo de antemano que es una aventura insensata porque está condenada al fracaso; quizá por esa búsqueda de sentido que explora en las fuentes originales del lenguaje; quizá porque se sumergen en lo más hondo y primigenio, en los poemas de Iván Carvajal, las palabras conservan algo como un aura sagrada, una cierta resonancia profética, unas reminiscencias que se enraizan en las tonalidades del mito o la tragedia. En uno de sus primeros poemas, “Del sitio”, escribe:

*¿Qué quedará de nosotros para la historia? ¿La leyenda contada por un ciego?
¿La pesadilla de un pueblo? ¿Rastrearán las arenas en pos de los vestigios?
¿Descifrarán los palimpsestos? Mas si el polvo del desierto llegara un día a
cubrirnos por completo¿Quién desenterrará entonces del olvido tanta pasión
vivida?¿Nuestra sabiduría, nuestro dolor, nuestra paciencia, esta esforzada
vida?*

¿Quién, si no la poesía? Aún en medio del bullicio, del show, del espectáculo; entre la multiplicación exasperada de las palabras y las informaciones, en esta edad delirante de la comunicación masiva, de la telemática y del ciberespacio. ¿Quién, si no la poesía? Como escribe Carvajal en el poema “A la entrada del parque”

*Señuelos del timador, tinglados del seductor, murmullos. Murmullos de oratorio,
de trastienda, de cortinaje.
En esa cháchara de feria, en ese tumulto asiré mi lengua, sus dos filos (...)
Aprenderé a nombrarte, vida, vaso, con las huellas...”*

Los poemas de Carvajal son sobre todo eso: una escritura que escarba en el polvo para indagar con toda la fuerza de las palabras, el sinsentido de las quiméricas empresas de la historia, tanto como la opaca banalidad del tiempo cotidiano; para abismarse ante la infinita vastedad del universo, como para sobrecogerse en lo recóndito de la más íntima subjetividad “sagrada y sangrante”; para descubrir y preservarlo del olvido, el gesto de los cuerpos atenazados en el abrazo inmemorial de los amantes, tanto como en los delirios de las muchedumbres anónimas y vociferantes. En fin, para que perdure y se convierta en memoria, la vertiginosa profusión de gestos, máscaras, ademanes, rituales sagrados y profanos; los signos inmemoriales con que los hombres hemos ido configurando el testimonio de nuestra precaria existencia terrena.

*Quizá invente para mi un relato. ¿Una epopeya? Tal vez una fábula torpe. La reconquista
de un verso que yacía olvidado. / Un rumor en el umbral*

Eterno perseguidor de un decir imposible, en un mundo que hace tiempo ha perdido su sentido, o que quizás nunca lo tuvo, o que tal vez existe pero es indecible, ¿qué más puede ofrecernos el poeta, que no sean interrogaciones? Pero a la vez, ¿quién o qué, si no el poeta, sino el poema, puede articular las preguntas? “¿Quién sino aquel que busca su riesgo en el oráculo, en el balbucante gemido y entre grietas?”, como escribe en “Lo secreto.”

A este juego queda convocado el lector: no a la búsqueda de un sentido ya constituido que el poeta ha ocultado detrás de las palabras, en el interior secreto e inasible del poema, sino a la exploración de toda la carga de ambigüedades, de oscuridades, de circularidades que son la marca del discurso poético; a la exploración de su propio mundo en busca de unos contextos en los que los poemas adquieran un sentido. Habitantes de la Babel de los lenguajes, poeta y lector deberán asumir el desafío de inventar con los fragmentos y las ruinas —del mundo, de la historia, del lenguaje— algún vestigio de sentido que aún fulgure entre las palabras.

*Quizás entonces el don fulgure entre las ruinas.
Quizás desde las piedras de estas ciudadelas venidas abajo, después de los
despojos, la cobardía, el sacrificio, el olvido.*

(Aurora)

Tengo que decir que esa misma experiencia inicial de la que hablé al comienzo, ese mismo asombro, se ha repetido después, una y otra vez, ante cada encuentro con los poemas de Iván Carvajal, de César Dávila, de Carrera Andrade, de Gonzalo Escudero, de Alexis Naranjo. Si algo he aprendido desde entonces, y en todos estos años, es a afinar el oído para la escucha atenta de las palabras que pronuncia la poesía, sabiendo ya que esas viejas preguntas iniciales no son preguntas sino respuestas. O mejor, son las preguntas sobre las cuales se edifica la poesía, las preguntas a las cuales la poesía, toda la poesía, todos los poemas, no hacen sino dar, una y otra vez, una respuesta imposible de decir del todo.

Y es que el tiempo del poema es el tiempo de la espera, de la iminencia, de la búsqueda. No es el tiempo de la certidumbre de lo ya encontrado, sino de la exploración, jubilosa y sobrecogedora, del mundo y de las palabras que lo nombran.

Por una de esas asociaciones venturosas que suele regalarnos el juego de memoria y olvido, mientras escribía estas líneas, me saltaron desde no sé que fondo del olvido estas líneas de César Dávila Andrade.

*Me tentaré lejos de Dios, mano a mano,
a mí mismo
con la sinceridad hambrienta del perro
que duerme temblando
sobre el pan enterrado por su madre.
("Poesía quemada")*

¡Qué expresión tan poderosa para condensar la tarea poética! En esa apuesta radical, mano a mano, lejos de los dioses o de cualquier otra ilusión de trascendencia, la poesía de Carvajal, como la de Dávila, es una poesía que nos sale al encuentro para decirnos que vivimos aquí en la tierra, entre los hombres, en esta imprevisible y desconcertante casa materna, nuestra irrenunciable tierra prometida, con toda su azarosa carga de ambigüedad, de misterio, de ruido y de furia, haciéndose la pregunta definitiva: ¿Cuánta verdad puedo soportar?

Ahí va el topo pertinaz y jubiloso de la *Casa del furor*, escarbando ciego la tierra con la garra de la escritura, y ya no hay dios ni diosa que le acompañen a desenterrar el pan materno del sentido, aunque ese sentido no sea más temblor de aserrín y polvo entre las grietas de la madriguera.

Me gusta pensar que todo esto que he dicho habla también con otras voces, pues creo que de eso se trata: la poesía es un don y una provocación, un envío para suscitar el asombro del encuentro con los otros, preguntas para provocar otras preguntas. Como dice Juan González Soto en el texto que cierra este libro, el poema es una nota en una botella arrojada al mar o al bar, al azaroso encuentro con alguien dispuesto a descifrar esa escritura sobreviviente de algún naufragio. Escritura nómada, el poema es siempre otro, un avatar de sí mismo, reinventado una y otra vez, en cada lector, en cada acto de lectura.

Cómo no reconocer mi propia experiencia de lectura en las palabras de Jorge Aguilar Mora cuando afirma entrañablemente: “Los poemas que amo no saben las respuestas a las preguntas incontestables de la vida, pero solo ellos saben disponer las preguntas para que tengan sentido, para que haya la posibilidad de una respuesta”.

O en la incursión de Cristina Burneo, que se deja arrastrar y extraviarse —como Alicia tras el conejo blanco— por el pedregoso pasaje que abre la persistente cavadura del topo, por las grietas de la escritura que hienden la piedra, por el latido apremiante de la mano que escribe. ¿Y qué descubre? Que el poema arrastra consigo a los seres y las cosas que nombra, que es una posada que los alberga, y al mismo tiempo provoca en ellos un temblor que los transforma en otros. Que la escritura va abriendo grietas que se colman solo por un momento para volver en seguida a la pregunta.

En su entrada a la *Casa del furor*, César Carrión examina la figura del poeta-minotauro, que se tienta a sí mismo ya no solo lejos de Dios, sino además exiliado de la polis en su propio aislamiento. Aquí la casa materna —como la intrincada red de túneles que cava el topo— tiene la forma del laberinto que lo excluye de la ciudad y del estado. Pero de nuevo, la maraña del laberinto sigue siendo su albergue: afuera no hay sino el vértigo de la nada. El poeta no puede volver a casa, porque en rigor no hay patria alguna que espere su regreso. La pregunta de este nuevo Ulises por su Ítaca no tiene otra posibilidad de respuesta, que el sentido mismo del viaje y de la búsqueda. Yo tengo para mí que su destierro no es pues solamente de la ciudad terrena, de la plaza pública, sino el abandono definitivo de cualquier ilusión edénica. Pero aún desde el laberinto de su soledad, el poeta minotauro, dice Carrión, tienta al lector, para que libere los posibles sentidos encerrados entre las rejas del poema.

*Si mi aullido llegase al fin
y atravesara
tu grávido corazón*

*Si mi canto juntara en tus labios
mi furia y la daga del guerrero*

*hombre taciturno
que descendes a tu infierno
quizás podrías tú palpar en las aristas*

*de esos fijos prismas de cemento
un rastro de mi orgullo
y mi pregunta*

*y con ello
hondo
en tu hueso
mi apuesta volvería a herirte.*

El poema nos lastima, deja cicatrices en los cuerpos, como la flecha que Norman González encuentra en el poemario *Ópera*, y cuya trayectoria arrastra y ensarta las máscaras danzantes en su juego de veladuras y descubrimientos; una flecha que como ellas —las máscaras, las identidades, los sentidos, el lenguaje— es pura fluidez, puro movimiento, sin arquero, sin comienzo, sin diana. Solo una trayectoria en cuyos extremos no hay literalmente nada. Solo un permanecer en lo abierto.

El poema es también una trampa, dice Javier Ponce, a propósito de *En los labios / la celada*. Una emboscada imposible para apresar a ese otro que como ciegos buscamos en la oscuridad y cuyos espejismos nos desorientan. Un libro que es un canto a la carnalidad, prefigurada en la enigmática sensualidad de Afrodita emergiendo de las aguas, con una intensidad pocas veces alcanzada en nuestra poesía contemporánea. Una sensualidad que confronta la transparencia exultante del Renacimiento que asoma en el lienzo de Botticelli, con el descreimiento del poeta contemporáneo y su cotidianidad vacía de héroes y de dioses:

*¡Todo es mentira! Yo vengo con las manos vacías.
Apenas si he cruzado la ciudad sorteando tachos de basura,
borrachos, botellas, gatos, un archipiélago
del despilfarro, un gorro frigio, un ataúd,
un cielo grisáceo y sucio como mi gabán,
y atravesando las calles, envejecí.*

Los tiempos modernos son desde luego otros. Juan José Rodríguez se acerca al poemario *Inventando a Lennon*, para escuchar la voz babélica de las multitudes que pronuncian las palabras de la tribu en la era electrónica, la confusión de lenguas que proliferan entre cables cibernéticos, pantallas de plasma, y mensajería instantánea. Las tribus contemporáneas arracimadas en los videojuegos, festejando la gran borrachera digital, presionando botones y palancas de la realidad virtual. Entre la cháchara de feria, la voz apenas audible del poeta insiste en las preguntas ¿Qué es la realidad? ¿Qué es la historia? ¿Quién es Lennon? Quiénes somos?

Pero entre la existencia y la nada, entre el ruido y la furia, hay algo como un gesto efímero, como el fulgor del instante, que palpita y nos devuelve a nuestra extraña condición humana:

*Diez mil años contra la sal perdura
tendido el abrazo que la tierra protege
(...)*

depojados de rictus y de máscaras

*solo huesos
fémur de hombre
sobre pelvis de mujer
y sobre el húmero
dura reposa la calavera
en el abrazo*

Como dice María Isabel Hayek, en el efímero gesto de *Los amantes de Sumpa*, los huesos son coágulos del tiempo: allí están, ajenos, indiferentes, mudos en su abrazo, como restos sagrados que celebran la constancia de que hubo vida y de que hubo muerte, de que hubo pasión, júbilo, deseo

*¿qué quedará de la pródiga búsqueda del cuerpo
qué de las voces de la llamada
qué del ardor de la caricia de los labios
que del eléctrico contacto de los sexos
que resta en estos rastros guardados por un pueblo
que escondió ferviente el misterio
bajo las piedras?*

Ciertamente no sabemos qué es el tiempo, ni qué es la vida, ni qué la muerte. Pero allí están, en la encrucijada de esos huesos que paradójicamente condensan sin anularlos el tiempo y el instante, la memoria y el olvido, el ardor de la carne y la frialdad impasible del esqueleto, la persistencia y la extinción. Digo mal: ¿dónde están estos sentidos? ¿están en los huesos? ¿En la conmoción que su contemplación ha provocado en la sensibilidad del poeta? ¿en las palabras que componen el poema? ¿en la lectura que en este instante hacemos?

*Huésped de paso
levantará el hombre casa y canto*

Creo que esta es la pregunta que guía la lectura de *Parajes* que hace Fernando Albán. La significación —dice Albán— no brota de la voluntad ordenadora que el sujeto impone al mundo como querían todas las mitologías religiosas, cartesianas inclusive. Es más bien una relación inscrita sobre el mutismo de los seres, y sobre el tejido mismo del lenguaje. La significación se constituye en el azar del contacto entre el sujeto que se sale de sí, y la torrencial dispersión del mundo; una significación siempre precaria que se tambalea en el hueco que queda entre las palabras y las cosas. Por eso, el poeta es el reciénvenido, es otra vez Adán que entra en el mundo por la puerta trasera y desarmado, a espaldas de cualquier orden previo, de cualquier significación organizada.

Pero no somos Adán. Podemos renunciar a todo, menos a haber perdido la inocencia, hemos comido ya del fruto prohibido y hemos caído en la tierra para siempre.

Esta tienda, mi morada es provisional. A veces he pensado en dejarla por lugares menos transitorios. Pero hasta donde mi vista alcanza, toda morada es provisional.

Y así llegamos al fin de este libro, que es también desde luego el principio. Como dice Juan Carlos Mussó, el avatar es la reinención constante de si mismo y de toda la tradición, revisitando los recovecos que subyacen en los mitos de la cultura occidental, desorganizándolos con las armas de la ironía. En cada uno de sus avatares el poeta es Odiseo enfrentando la cólera de los dioses, pero también es Leopoldo Bloom viviendo su particular épica antiheroica y cotidiana en las calles de Dublín. Es el guerrero sitiando la antigua ciudad en espera del asalto definitivo que nunca se produce, en espera de Godot que nunca llega, o un cruzado que batalla *In partibus infidelium*, en tierra de infieles, y es Alfred J. Prufrok, escuchando entre los basureros los cantos de las sirenas y sabiendo que ya no cantan para él.

*Tiempos heroicos los que tanto soñaste, amor mío
Tú habrías sido dulce y devota y contemplada
tejedora en horas de ocio
A caballo, yo heroico
tomando fortalezas
como querrias.*

Para terminar esta ya demasiado larga travesía, solo diré, con Jorge Aguilar, que los poemas de Iván Carvajal pertenecen a esa estirpe que cuando tenemos la ventura de volver a encontrarlos nos dicen “Aquí estás”.